



adelanto
del libro de
**ENRIQUE
ESTRAZULAS**

✦ **exclusivo**



el cantor
de la flor en la boca

**ALFREDO
ZITARROSA**

UN LEJANO RITUAL INOLVIDABLE

Han pasado ya once años desde que, una noche de invierno, cerramos un boliche de Montevideo con los parroquianos adentro. Fue la primera vez que asistí a un "cierre particular", al delicado egoísmo de comprar, por una noche, el derecho a que una barra de amigos bebiera y conversara a gusto hasta el alba como si estuviera en su propia casa. Pero el cierre tenía un motivo, una razón que comencé a conocer poco a poco: había un cantor en el local. Era casi desconocido para mí. Un colega de entonces, un periodista, me dijo en voz baja, como en secreto: "Ahora va a cantar Zitarrosa".

Zitarrosa cantó hasta el alba su repertorio de entonces. Cuando amaneció y nos fuimos ya no nos íbamos a volver a encontrar por mucho tiempo.

Ello se produjo años más tarde, cuando ya era el cantor más famoso del Uruguay y yo tenía algunos de sus discos. Era carnaval y me enteré de que cantaba en un barrio apartado. Quise llevar a dos amigos argentinos para que lo escucharan y allá salimos, rumbo a esa zona suburbana. Cantaba en un típico "tablado" de Montevideo, escenarios donde año tras año se lleva a cabo otro ritual muy uruguayo.

En aquel ambiente de público humilde, ante un endeble y poco fiel micrófono, se presentó el cantor. Nadie se movía de su silla. Mis amigos descubrieron en Zitarrosa un aire flamenco que yo —neófito en el tema— no había podido detectar o no me animaba a señalarlo. Tuve entonces la certeza de lo que decían. Recuerdo que me impresionó su vitalidad "La desvelada", el taquirari

boliviano "El Camba" y las explicaciones previas con que el intérprete presentaba los temas. El aplauso tibio terminó en la ovación. Entonces recordé la noche del boliche que habíamos cerrado: aquel desconocido de ayer era el mismo carismático y menudo ser que conquistaba las masas sin proponérselo. Y me traje ese ayer hasta el ahora para sacar una conclusión antojadiza: el cantor popular es el poeta, el verdadero poeta que sustituye al eterno género en decadencia, al siempre agónico primer género literario. Lo sustituye a pesar de la polémica y siempre curiosa diferencia entre un poema y una letra escrita para ser cantada. Sobrevino entonces la idea del juglar. A medio camino entre el gaucho y el orillero, entre el estudiante rebelde y el puntero izquierdo de un equipo de barrio, entre el literato ceñudo y el pobre poeta del tímido cuaderno inédito, aquel niño de más de treinta años se había dedicado a cantar.

Estas líneas, escritas en la madrugada del día que deberá quedar marcado como el del retorno de Alfredo Zitarrosa, deben hacer obligada referencia al doble carácter de Alfredo: el hombre y el mito. Precisamente en esos dos andariveles, paralelos pero no idénticos, quiso también seguirlo Enrique Estrázulas en su libro "EL CANTOR DE LA FLOR EN LA BOCA". Mientras Enrique retrataba al cantor, para éste corrían amargos días del exilio español. Tiempo amargo como resulta siempre el del extrañamiento, amargo como —y a pesar de la solidaridad tendida— fue el exilio uruguayo para los heroicos defensores de la República Española. De ese tiempo Alfredo salió crecido; creció el hombre, madurando en la adversidad. Y creció el mito. Un mito que hoy es ya sólo superado por el culto rioplatense a Carlos Gardel. Pero más allá del mito hay otra condición, una tercera, que el destino parece haber otorgado a este hombre: la de ser un adelantado del des-exilio. Alfredo inaugura eso que alguna vez llamamos "la delicada química del reencuentro". Y es una suerte que sea así: que justo sea él, el elegido. Su temple y su "probada dignidad" son evidencias contundentes de que el destino no es ciego, y que no se equivoca. Bienvenido Alfredo. E. R. B.

UN PARTO: EL PRECIO DE ELEGIR UN DESTINO

No habían pasado tres años cuando un mediodía, sorpresivamente, me llamó por teléfono. La inconfundible voz se oía lejana y decía que tenía resuelto musicalizar uno de los poemas del libro que yo le había regalado en el tablado aquel. "Barrio Sur" se llamaba. Esa noche nos encontramos y me contó la historia de su último barrio (el del poema) y de su vida en una pensión frente al Cementerio Central, donde dubitativamente habían transcurrido parte de sus días. Me dijo que en aquel tiempo

no sabía si cantar o dedicarse a escribir, que había sido su oficio anterior. Discípulo del grande y olvidado poeta Vicente Basso Maglio había rondado también talleres de poesía y había sufrido en carne propia la primera lectura del peruano César Vallejo en un peldaño de su casa de la calle Yaguarón, a solas, tal como se debe recibir al crucificado autor de *Trilce*.

Zitarrosa es un juglar que canta opinando o simplemente canta. Y lo hace de un modo que —en el caso

de muchas de sus canciones— no importa demasiado lo que diga. Acérrimos enemigos de su posición, de sus denuncias o convicciones, suelen ser (artísticamente) sus más fieles admiradores. Ahí radica uno de los misterios del cantor popular. Porque *popular* significa involuntariamente una abstracción de la idea y una aclaración de sentires. Y eso lo logra el que sabe cantar y no siempre el que sabe. Comunicar es lo principal, es el primero y más perseguido de los misterios. El talento, en sí mismo, es misterioso. Su búsqueda es inútil: está adentro, surge o no surge.

LA VOZ, PRIMER INSTRUMENTO

La voz de Zitarrosa debe ser su más insondable misterio. Misterio que viene del yo-profundo. No soy el único que cree en el milagro Piaf o en el milagro Gardel como grandes burladores de todo razonamiento. También creo en el milagro Zitarrosa. Las explicaciones sobre este tipo de fenómeno puede darlas quizá la ciencia, aunque siempre en forma parcial. En una de sus últimas cartas Zitarrosa me dice, respondiendo a mi nostalgia por la ausencia de su voz viva en Montevideo: "Es la mejor herencia de mi madre". Como definición, simple y sintética, es la mejor que he oído. Al menos, la más aceptable. Pero el más viejo instrumento del mundo (la voz humana) es, a la vez, el más recóndito. Y cuando suena a intemporal en esas vibraciones baila nuestro asombro. En ese estremecimiento en la aceptada ignorancia de los porqués, está siempre el más vivo secreto del arte.

La voz comunica al mismo tiempo que cumple tres misiones que el oído registra para trasladarlo a todo el

sistema nervioso más que al pensamiento. Estas tareas de la voz, no deliberadas, son: ilusión, admiración, piedad. Parto de la base de creer que lo que le sucede a un hombre puede sucederle a todos los hombres en el acto de oír, siempre que el hombre esté preparado auditivamente o sea, naturalmente, auditivo.

En la voz de Zitarrosa también se descubren figuras plásticas, colores cambiantes y no pocas tristezas. Su voz es un claroscuro, no una sombra. La figura plástica es un hombre pequeño mucho más joven que esa voz; la tristeza es notar implícita en la voz una suerte de maleficio. Son algunos de los ingredientes que atrapan al comunicar. Y Zitarrosa logra comunicar aunque cante la letra más elemental o más ingenua, casi siempre superada por el cantor que se prende de las palabras y las impregna de un sentido que muchas veces no tienen. A mi entender, la mejor definición de Zitarrosa es jular o cantor popular, no cantautor ni folclorista. A veces, el cantor popular pretendido es el que más lejos está —con sus artificiosos juegos para entrar en la masa— del pueblo, de la gente.



El canto hispanoamericano: Alfredo Zitarrosa con Soledad Bravo y el catalán Xavier Ribalta. Caracas, 1971

dice mi padre que ya llegará desde

DIALOGOS CON ZITARROSA RETAZOS DE UN REPORTAJE INTERMINABLE

Mis diálogos con él pueden formar, por sí solos, un libro o más de un libro. Durante varios años tal vez haya sido el hombre con quien más asiduamente dialogué —y más profundamente— sobre toda clase de temas. Es un excelente dialoguista de tipo confesional (entre dos) y un buen conversador público, aunque mucho más basado en su facilidad de palabra que en conceptos demasiado claros o fundamentados. No es, insisto, un intelectual típico. Su filosofía es reconcentrada, tal como su inédita poesía hermética o sus vacilaciones. Hombre taciturno en su vida íntima, a veces excesivamente huraño y susceptible. Otra, cordial y abierto a todo tipo de gente. No elige sus amigos. Es extremadamente generoso y tiene una tendencia natural al despilfarro del dinero. Probablemente sien-

ta un odio subrepticio o franco por el dinero, por las razones de su existencia o por las implícitas bajezas del vil metal.

La vida de Zitarrosa sospecho que no la escribirá nadie: está escrita en las esquirlas que lleva en el alma. A lo sumo, por un conjuro de silencio, puedo sintetizarla con un verso:

Yo sé quien fuiste, pero no hablaré.

Nada de vergonzante hay en ella. Es la vida de un hombre, peor que la de muchos, mejor que la de tantos. Pero ha sufrido y sufrir eleva a un hombre. Si canta como canta no se debe únicamente a una prodigiosa garganta. Como Piaf, como Gardel, como Serrat, Zitarrosa también canta por sus llagas. De ahí es que recordando el nombre de una obra del italiano Luigi Pirandello se me ocurrió un día llamarlo "el hombre de la flor en la boca", metáfora que sustituyo por "el cantor de la flor en la

boca", por ser más adecuada a su realidad. Yo entiendo por flor no la cautiva del florero burgués. Amo la otra flor: la flor errante y maléfica del canto de Baudelaire junto a la fragante y preciosista de los versos de Rubén Darío. El canto de Zitarrosa, se me ocurre, es una rara mezcla de los dos aromas. Aunque huela a jacarandá o al jazmín salvaje de mi tierra.

La composición es uno de los aspectos más interesantes, en sus primeras y últimas fases, como períodos de creación intuitiva. A veces, su primera clave es un silbido, melodías subconscientes que, en el momento menos esperado, despiertan la idea de una canción. En general, he observado que escribe sus letras casi paralelamente a la música. Toma la guitarra y busca acordes indefinidamente. Cuando logra alguna forma musical en acecho entonces comienza a trabajar con el grabador. Vuelve a



El cantor (con lentes), Juceca, Blankito y amigos. Buenos Aires, 1976.

LAS CANCIONES PARTICIPANTES

He compartido siempre el sentimiento de injusticia de Zitarrosa. Filosóficamente nos unen, más que separarnos, una serie de lícitas discrepancias, tal como debería suceder con todos los hombres en los órdenes del razonamiento, no de la pasión. Nuestra congoja es la misma, las motivaciones idénticas, pero las convicciones políticas difieren.

Su primera canción llamada de protesta más exitosa fue "Mire, amigo": Lo extraño de su popularidad es que resonó bien, en aquel entonces, hasta en el ánimo de los más acérrimos conservadores. Creo, personalmente, que no se trata, como equivocadamente se dijo, de una canción escrita contra el acto electoral en sí, sino contra las formas de la venalidad que se usaron tradicionalmente para adornar instituciones y mantener la pobreza. Es una canción contra las distorsionadas campañas preelectorales y el sistemático engaño al proletariado rural que se practicó en mi país. Las democracias auténticas (representativas y republicanas) no son tocadas por esa canción. Se denuncian, sí, las componendas, el agringamiento y, a mi entender, el uso consciente del desposeído.

el fondo del tiempo otro tiempo

mi memoria el invierno de 1972, en que tuve que cruzar Montevideo de punta a punta bajo una lluvia torrencial, en un destartado taxímetro, para acudir a una llamada urgente de Zitarrosa. Supuse al principio que había enfermado, que estaría dolorido por algo o, en el mejor de los casos, habría cometido alguno de sus excesos. Cuando llegué todo estaba en calma. Y el amigo trovador en cuestión, de lo más bien, sentado junto al grabador, secándose unos lagrimones que, yo sabía que venían de la emoción creadora.

—Solamente quería que escucharas un "adaggio" que se me acaba de ocurrir.

Entonces dejé que regresara la calma, colgué mi impermeable empapado y me dispuse a oír los acordes de los que más tarde se transformara en el famoso "Adaggio en mi país", una de las más conmovedoras canciones que se han escrito en Uruguay, acaso premonitrice, inspirada en la guerra y señalando un camino

de paz que, indudablemente, está llegando:

*Dice mi padre que ya llegará
desde el fondo del tiempo otro
tiempo
y me dice que el sol brillará
sobre un pueblo que él sueña
labrando
su verde solar.
Tú no quisiste la guerra
madre tierra, yo lo sé.*

Zitarrosa ama la humanidad, la vida. La ama como debe ser amada, con su plenitud de alegrías y privaciones, con su constante creer y descreer, sus desafíos, sus luchas. Es cierto que también se evade y sus métodos de evasión son, o parecerían ser, autodestructivos. De algún modo él también vive por una herida, como

en la verdadera creación que hace de la milonga oriental de Osiris Rodríguez Castillos, "Décimas a Jacinto Luna":

*... y voy con esta canción
en los labios de una herida
pa' que al final de mi vida
quede mi canto despierto,
pues todo cocuyo muerto
deja una luz encendida.*

El espíritu de Zitarrosa se modeló a raíz de su desamparo, de la gesta de vivir y sobrevivir una infancia durísima en el orden afectivo. Así es que se construyó —subconscientemente— el artista. Y esa fue su réplica: crear, comunicar, armar lentamente un puente de amor hacia la comunión de dos espíritus, entre él y quien lo escucha temblar en cada sílaba. En suma: crear felicidad.

ALFREDO ZITARROSA

MILONGA EN DO

Milonga en do,
canto menor,
cuántas canciones nacieron
con tu emoción;
dulce milonga
enamorada de todos,
como una planta
crece en la garganta,
nace tu flor sin color
en cualquier corazón
-perfume de otra canción-.

ESTRIBILLO:

toca mi amor
tu suave flor
crecida en la quinta cuerda
milonga en do,
ronco silencio
en el bordón que no llora;
¿quién de nosotros
no sabe del otro?
milonga para cantar
y saber esperar,
nacida en cualquier lugar.

Canción de ayer,
voz de mujer,
hoy, como entonces,
sirena llamándome,
camino abierto desde siempre
y no acaba,
lleno de voces
como una guitarra:
mi pueblo es una canción
transida de dolor
templando un tono mayor.

ESTRIBILLO:

Toca mi amor,
etc., ... etc.;

milonga para cantar
y saber esperar,
nacida en cualquier lugar.
Mi pueblo es una canción
transida de dolor
templando un tono mayor.

LA COYUNDA

Como lazo mi amor te "asujeta";
cuanto más largo el lazo
más larga la ausencia
No tenés más coyunda que el tiempo;
cuanto más tiempo pase
tendrás más recuerdos.

Como perro trotando en la huella,
mi amor que te acompaña
te traerá de vuelta.
No tenés más coyunda que el tiempo,
él y mi amor te harán volver.
lo estoy sabiendo.

MILONGA DE OJOS DORADOS

Milonga de ojos dorados,
cantale a la que yo quiero;
tu corazón compañero
musical y acompasado,
vaya volando a su lado
y dígame que no puedo vivir.

No digas que ella se ha ido;
decí más bien que algún día,
igual que tu melodía,
cantándome en el oído,
ella sentirá el latido
del amor que una vez le pedí.

Ella, como vos, tenía
los ojos color de oro;
mirándolos casi lloro
-vos bien sabés-, aquel día:
Nunca pensé que existía
una mujer con los ojos así.

Milonga, vos sos testigo
de que la quiero de veras;
vos no tenés sus caderas
ni aquella boca de trigo,
pero cantando conmigo
irán tus ojos a hablarle de mí.

Milonga de ojos dorados,
volá cantando a buscarla,
y si llegás a encontrarla
-después de haberla mirado-
entregá, enamorado, el corazón
que una vez le ofrecí.

DOÑA SOLEDAD

Mire, doña Soledad,
póngase un poco a pensar,
doña Soledad,
cuántas personas habrá
que la conozcan de verdad.
Yo la vi en el almacén
peleando por un vintén,
doña Soledad.
Y otros dicen: "haga el bien
hágalo sin mirar a quién".

Cuántos vintenes tendrá
sin la generosidad
doña Soledad,
con los que pueda comprar
el pan y el vino nada más.
La carne y la sangre son
de propiedad del patrón,
doña Soledad;
cuando Cristo dijo "¡no!",
usted sabe bien lo que pasó.

Mire, doña Soledad,
yo le converso demás,
doña Soledad,
y usted para conversar
hubiera querido estudiar,
Cierto que quiso querer,
pero no pudo poder,
doña Soledad,
porque antes de ser mujer
ya tuvo que ir a trabajar.

Mire, doña Soledad,
póngase un poco a pensar,
doña Soledad,
qué es lo que quieren decir
con eso de la libertad.
Usted se puede morir
-eso es cuestión de salud-,
pero no quiera saber
lo que le cuesta un ataúd.

Doña Soledad,
hay que trabajar...,
pero hay que pensar...,
no se vaya a morir
la van a enterrar...,
Doña Soledad...
Doña Soledad...